

REEVANGELIZAR O MISIONAR

Padre Pedro José Ynaraja

Dos actitudes muy diferentes. Interesante la primera, elemental y necesaria la segunda. La prensa de Iglesia ya ha facilitado noticias de actos, programas y nombramientos. Añádase la consecuente creación de comisiones y organismos, de cuya seriedad no dudo, pero de cuya utilidad no estoy tan convencido.

No es este lugar de teorizar, ni me ha llamado el Señor a elaborar proyectos. Tampoco tendría sitio en el escalafón. Voy, pues, a describir experiencias y reflexiones.

La última vez que visité París, después de la deseada y obligada visita a Notre Dame, paseé por el barrio latino. El Odéon, el boulevard Saint-Michel y el Saint-Germain, son lugares que me suenan desde muy joven y referencia de inquietudes estudiantiles. Por más que miraba, no captaba ningún signo de que continuaran vivas estas actitudes. En otras ocasiones, debido a que recorría estos lugares en coche, me parecía que tal vez el vehículo fuera barrera, ahora iba a pie y sin prisas. Entramos en una gran área comercial. Tiendas de todo género, bares, espectáculos y bullicio, me rodeaban. Pensaba yo: ¿Qué conocimiento tienen estas gentes de la Catedral o de la Sainte Chapelle? Tengo la impresión de que se sentirían tan extranjeros en cualquiera de ellas, como si visitaran una pagoda o una mezquita. Al día siguiente pase un rato visitando el Louvre. Me interesan siempre, por más que las conozca, las antigüedades del Medio Oriente. Desde los impresionantes frisos de la Babilonia bíblica, hasta las figuritas de la divinidad Baal, que no abundan por cierto, ni en los mismos museos de Jerusalén. Sin olvidar el monolito del Código de Hammurabi y otras preciosidades, llámeselas diosas de los vasos chorreantes en arqueología o terafin en la Biblia. Para mí, son visitas obligadas y, normalmente debo necesariamente salir, pues el programa acordado con los demás me apremia. Durante el largo trayecto que debo hacer para alcanzar la salida, miro a derecha e izquierda, sin detenerme. La última vez, quedé sorprendido al ver un enorme lienzo que representaba la escena evangélica de Emaús. Las que recordaba, siempre tenían tres únicos protagonistas. En este caso, no. A Jesús y sus dos compañeros de camino, les rodeaban una familia. Me sorprendió. Me limité a fotografiar el cuadro y el letrero. Pensé que ya me fijaría y estudiaría en casa los detalles de la composición. He comprobado más tarde que no este el único cuadro donde en la escena, aparecen unos cuantos personajes más y me di cuenta de que, evidentemente, en la casa donde iban a pernoctar, vivirían otras personas, que tendrían preparada la cena a la que invitaban al Señor. Excuso decir, que observe que nadie miraba el cuadro. Seguramente, la escena les resultaría tan desconocida como la Victoria de Samotracia o la procesión de las panateneas, pese a que el primero pertenece a nuestra cultura y los otros dos a la desaparecida clásica.

Recordé que en Notre Dame, cada año se pronunciaban las Conferencias Cuaresmales, confiadas a notorios oradores. Grandes y preclaros disertantes han ejercido este ministerio. Ahora bien ¿son idóneos instrumentos de reevangelización? Me temo que a aquella multitud del centro comercial, les resultarían tan ininteligibles como un discurso en chino.

¿Hay que abandonar el deseo del Señor, aceptando la inutilidad de los resortes actuales? Creo que no. Ahora bien, pensándolo detenidamente, he llegado a la conclusión de que es preciso cambiar de actitud. O que a la reevangelización, hay que anteponerle o añadirle, una más elemental y fundamental: sentirse, sentirnos todos, humildes misioneros. Pero, como tantas veces ocurre, debo dejarlo para la próxima semana.